Domingo
enero
23 2000

Editor: Wilson Darío Daza

Mimo: una disculpa para imaginar

Silencios que atrapan

APARECEN DE *repente. En una esquina, en un parque, en un recinto. Con una morisqueta en su rostro, una historia en sus manos, una imitación en su cuerpo. Cerca de la Ópera de París o del Central Park de Nueva York o el paseo del Río Medellín. Mimos de todos los estilos irrumpen en el ruido urbano, armados de silencio.*

Cuando usted ve un mimo, su imaginación vuela. Eso justifica el arte que profesionales del silencio, como Carlos Álvarez, sacan a competir con el ruido de las ciudades modernas.

Foto: CORTESÍA

Por
MARGARITA INÉS RESTREPO SANTA MARÍA
Medellín

Carlos Álvarez bailaba con una muñeca, ante los presos del sector de La Guyana, de la Cárcel de Bellavista. Y se le salían las lágrimas, en ese espacio sin sol, al observar las manos "armadas de espejitos redondos", que salían por entre las rejas intentando capturar -por reflejo- su actuación completa.

Con Álvarez, "profesional del silencio", hoy es posible moverse por calles pobladas de gestos (de pantomima) y sugerencias, que le hacen contrapeso a la ciudad del ruido, donde todo está hecho; esas calles que atraen y atrapan al ciudadano moderno. Él y sus colegas le dan la opción de "tranquilizarse, de encontrarse con sí mismo, de imaginar" -¡que ese antiguo ejercicio de la mente no se pierda!-.

Junto a la iglesia del Sacre Coeur, en París.

Foto: Gabriel Restrepo Santa María

Traductor mudo

Antes que la palabra fue el gesto, la señal, la morisqueta -desde orígenes de la humanidad, para hablar de la cacería del mamut, de la relación con otros hombres y con la naturaleza-. Ese lenguaje no verbal permanece, en los ojos que se abren, el caminado, el balanceo, la manera de sentarse, de explicar con las manos, de alejarse o acercarse -a otros- físicamente.

Mimos. Una constante en múltiples culturas. Lo no expresado verbalmente, en ocasiones acompañado de música, danza, malabarismo, simulación de ruidos de animales y de fenómenos naturales, pregones, poesía o pique-obsceno. Ancestrales, en el Oriente (China, Japón, la India). Importados por los griegos de los tiempos de Alejandro. Visibles, en rituales y danzas de carnavales e indígenas (cuando el chamán se transforma en jaguar, por ejemplo).

¿Nacimiento oficial de la pantomima occidental? La ubican en el siglo III antes de Cristo. ¿El responsable? Livius Andronicus, esclavo recién liberado, que organizó un grupo de teatro, en Roma, y que en un ataque imprevisto de ronquera (otros dicen que de mudez) tuvo que recurrir al empleo de gestos y danza, mientras un compañero cantaba y recitaba sus versos, en la escena.

¿Y eso para qué?

¿Qué es lo que hace ahí, en esa acera, con su rostro blanco, su elástica figura de traje negro? ¿Qué es lo que sus manos dibujan en el aire? ¿Qué pretende decir con esa agachada de hombros y esa levantada de ceja? ¿Menciona nubes, acaso? Improvisa una silla invisible. Anuncia lluvia. Y aves. ¿Carga maletas? Se recuesta en un árbol inexistente. Ese dejo de cabeza y esa sonrisa le ponen amor al relato.

¡Bienvenidos, mimos! ¡Para que el público se deleite imaginando e interpretando. Siempre insinuando situaciones, sentimientos, objetos; creando ilusiones ópticas; hablando y "pescando" significados, a fuerza de gesto y de silencio. En teatros. En antiguos funerales, bodas y banquetes. Como traductores de emperadores romanos (sin la moda de los institutos de enseñanza de idiomas, buena era la universalidad del lenguaje del cuerpo. Éste es su herramienta para contar historias).

En épocas de censura fueron abanderados de movimientos políticos. Perseguidos con perros y prohibidos, en la Edad Media. Hoy están recorriendo continentes: en el Central Park de Nueva York; la zona de Picadilly, en Londres; Tokio; Las Ramblas de Barcelona; el vecindario de La Recoleta, en Buenos Aires; la colina de Montmartre, en París; Junín con la Playa o el paseo del Río Medellín (en diciembre).

Estaba ahí, quietecito, en el paseo del Río Medellín, para remotar el año 99.

Foto: Margarita Inés Restrepo Santa María

Nutrientes

Cientos de personas distintas y un oficio-arte verdadero, con un común denominador: el silencio-gesto. Existe el estilo coloquial, clásico y depurado de Marcel Marceau. El de movimientos estilizados -que exige, para ser comprendido, descifrar códigos- de Etienne Decroux. El del Chaplin, comprometido, con humor e interrogantes. El mimo-clown o mimo-payaso (hoy en boga) -que le agrega, al lenguaje del cuerpo, animación de objetos (a veces con efectos sonoros y magia). El que le "hace la sombra" al público (caminado y repitiendo movimientos). El mimo-escultura, que maneja la quietud, el control absoluto hasta de un parpadeo.

Una tradición que se remonta a viejas civilizaciones del Oriente. Un trabajo que -en concepto de Carlos Álvarez- exige, en este medio sin escuelas especializadas y con talleres esporádicos, una formación con alta dosis autodidacta: preparación física (cuerpo saludable, resistente y flexible; ejercicio, trote, respiración, danza), técnica (crear ilusiones mediante la mezcla de atención y relajación), intelectual (lectura, cultura general, conversaciones, observación, estudio -ojalá universitario-) y espiritual (conciencia de compromiso consigo mismos, con la Humanidad y con la Tierra).

Pocos los escogidos

¡Shhhhhhhhhh....!

Todos de blanco. O de blanco y negro. Al aire libre, con frecuencia.

Enfrentan en "solitario" el reto de la comunicación del cuerpo.

Están "en pelota", ante un público que "se les pilla desde la energía de la entrega y la sinceridad, hasta los complejos"; que agradece el goce, con aplausos, sonrisas, miradas, pero que, ante una mala oferta, "embiste, aplasta, destruye", voltea para otro lado o pasa derecho.

En Colombia, difícilmente superan la media centena. Pero nadan entre ruidos de ciudad, para atrapar y pescar con la magia del silencio.

Mimos..."Una lengua en la punta de cada dedo" -dijo Cicerón refiriéndose a su callada elocuencia-.

"En esas manos existe el mundo... A un mimo nunca se le debiera aplaudir. Se le debiera guiñar un ojo", escribió el lingüista de la Universidad de Antioquia, Luis Germán Sierra.

Vida, amor y risa

"El mimo es un actor juguetón que es, a la vez, niño y adulto. Un contador de historias al que le encanta el silencio, pero que se comunica con los sonidos de su cuerpo. Como hoy hay tanto ruido, la gente se va agotando y le gusta la propuesta de lo no verbal".

"Los mimos tenemos mucho trabajo por hacer, la misión de divertirla y entregarle amor y afecto; de reírnos con ella; no de ella. Y el compromiso de ser, cada vez, más humanos, menos violentos y vengativos, más comprensivos y cariñosos; de respetar todas las formas de vida, de estar más tranquilos, tener capacidad de perdonar. No le hacemos apología a la guerra, al machismo, a la explotación de unos por otros, a la grosería, al racismo, a la violencia".

Así piensa Carlos Álvarez, un mimo que ha ido conformando, con sus compañeros del Teatro La Polilla, una biblioteca con documentación sobre ese arte. Él sueña con un encuentro nacional de la pantomina y un programa de Mimo-escultura por toda la Avenida La Playa, que le dé trabajo a sus colegas. Le agrega colores al tradicional atuendo blanco y negro -"verde esperanza, morado tranquilizador"-. Le pone "vida, amor y risa" a sus historias, aunque no olvida una lejana presentación -en un barrio de invasión de Medellín- cuando, en medio del espectáculo, un joven le cortó el cuello -con una navaja- a un viejo borracho que lo agredía con un pico de botella; el día que tanto se cuestionó el valor de su profesión, en una ciudad violenta.

Fuentes
Carlos Álvarez (mimo), Teatro La Polilla.
Revistas Máscara y Universidad de Antioquia. Archivo de EL COLOMBIANO.

Biblioteca Sala Mario Laverde Ramírez